

hambre, sed y frio; me amenazarán hasta con la muerte, y asunto concluido; al fin habrán de cansarse y me soltarán. ¿Qué han de hacer?

Descansando en este raeiocinio, Bernardo empezó á reconocer á tientas el terreno que pisaba.

Hallábase en una gran pieza subterránea que por ninguna parte recibia luz; el pozo que habia en su centro estaba rodeado de un brocal como de un metro de altura y cubierto con un grueso tablon, que cerraba una barra de hierro con un fuerte candado. Los muros del sótano eran de piedra y el suelo terrizo y muy húmedo, sin duda por la proximidad de las aguas del pozo.

Por lo demás, en esta prision improvisada no habia cama ni mueble alguno, y el Sabueso, que ya experimentaba el cansancio que debian producirle las fatigas del dia pasado y las luchas que acababa de sostener, se sentó en un rincon, apoyó en la pared la cabeza y se dispuso á dormir, arrullado por el monótono ruido de los pasos de sus guardianes, que lentamente sonaban delante de la puerta y arriba, en el techo, al lado de la trampa que caía sobre el pozo.

—¿Qué estúpido debe ser mi carcelero! observó Bernardo; se comprende que me ponga centinelas en la puerta; ¡pero en el techo!... ¿si creará ese viejo miserable que yo sé volar?... Esperemos á mañana.

Pocos minutos despues estaba dormido.

IV.

El primer dia de prision.

Esperemos á mañana, habia dicho el Sabueso con esa confianza de los hombres animosos que nunca dudan del porvenir.

Y, sin embargo, el destino le tenia reservado un mañana bien triste por cierto.

Durmió Bernardo algunas horas, y al despertar se encontró rodeado de las mismas tinieblas que le envolvian desde que le dejaron solo en su prision.

—¿Habrá amanecido? se preguntó á si propio.

Pero desgraciadamente para él no podia dar respuesta á su pregunta.

Se levantó mortificado por la dureza de la que habia sido su cama, por la humedad del suelo que le tenia transido de frio y por el contacto repugnante de las ratas, que en el sótano las habia en gran número y sociables hasta la familiaridad.

El Sabueso gustó en pocos minutos todas las

amarguras de las horribles prisiones inquisitoriales, cuyo negro fondo ha sido tantas veces pintado en espeluznantes descripciones.

Un ruido único turbaba el sepulcral silencio de aquel improvisado calabozo, y este ruido era el de las pisadas de los guardianes de Bernardo, que resonaban acompasadamente junto á la puerta y encima de la trampa del techo.

Y este ruido, lejos de ser para el pobre prisionero una compañía agradable, era una nueva mortificación, porque aquellos pasos lentos y monótonos cortaban el hilo de toda esperanza.

El Sabueso sentía una sed devoradora y á tientas buscó el pozo ansiando encontrarle abierto y discurrendo de qué medios se valdria para poder sacar agua; pero no tardó en convencerse de que era inútil toda tentativa con este fin.

El pozo estaba cerrado con llave que ofrecía completa seguridad.

Entonces experimentó algo semejante al suplicio de Tántalo.

Se separó del pozo y comenzó á pasear haciéndose esta reflexion:

—Ya debe ser de día y no tardarán mucho en darme de comer y de beber: tendré una poca de paciencia.

El Sabueso se equivocaba.

Su sueño, que él lo habia creído muy largo, apenas habia durado cuatro horas; así es que cuando esperaba de un momento á otro que le llevasen de comer, no eran aún las tres de la madrugada, y en aquel ins-

tante el Sr. Perez dormia sin cuidarse de las necesidades de su prisionero.

Y el tiempo corria para éste con mortal lentitud; las horas se le hacian eternas en medio de aquella interminable noche, y su propia imaginacion comenzó á forjarle cuadros de futuras desgracias que centuplicaban los dolores de las que al presente sufría en realidad.

Apartemos nuestra atencion por unos momentos de Bernardo, para seguir el curso de mi historia al aire libre, fuera de la ancha tumba en que D. Jacinto tenia encerrado al pobre trapero.

Sabemos ya que el tio Moscon con el buen deseo de libertar al Sabueso, habia salido en busca de la tia Morella.

Cuando el tio Moscon llegó á *La Flor del Olvido* la puerta de la camisería estaba cerrada.

Esto no era de extrañar, porque la tienda de Margarita, como casi todas las tiendas, se cerraba á las diez de la noche, y cuando el tio Moscon desembocaba en la calle del Carmen eran ya las once ménos cuarto.

El viejo trapero, para quien no eran desconocidas las costumbres de aquella casa, llamó, pues, en la seguridad de encontrar levantada á la dueña de la camisería.

Pero, contra lo que él esperaba, nadie le contestó.

Y volyió á llamar una y otra vez sin mejor resultado, hasta que al fin acudió el sereno, por quien supo que no habia nadie dentro de la casa.

—¡Bah! se dijo el tio Moscon; la noche está buena

y la veterana habrá salido con Margarita á dar un paseo: volveré más tarde; que tenga paciencia aquel mozo.

Y para aprovechar el tiempo, el tío Moscon se dirigió á otras calles más solitarias y comenzó á ejercer las funciones de su oficio.

Sin embargo, en honor de su interés por el Sabueso, justo es decir que no disfrutaba de mucha tranquilidad y que minuto por minuto fué contando las horas que pasaban, hasta que oyó las doce y media.

Creyendo entonces que Margarita y la veterana habrían regresado del paseo en que las suponía, volvió á la calle del Cármen y preguntó al sereno si estaba ya en su casa la dueña del establecimiento.

—Nadie ha entrado en esa tienda desde que Vd. estuvo aquí, fué la respuesta del guardián nocturno.

—¡Demonio!... Pues esto es raro, murmuró el tío Moscon; ya no son horas de andarse de paseo... ¿Qué habrá sucedido para que Margarita y la tía Morella no estén metidas en su nido?

El sereno, al escuchar esta pregunta que no iba dirigida á él, sino que el tío Moscon se la hacía á sí propio, se apresuró á contestar:

—Yo no he visto salir más que á una mujer de edad, alta y de buen bigote.

—Sí, esa es la tía Morella, dijo el tío Moscon.

El sereno se encogió de hombros como para demostrar que la noticia le era indiferente, y repuso:

—Al salir me llamó para decirme que no quedaba nadie en la casa...

—Pues eso es lo más raro, interrumpió el traperero; ¿dónde diablos estará Margarita?... En fin, volveré más tarde, que toda la noche no han de pasarla por ahí.

Marchóse el tío Moscon y, efectivamente, volvió á las dos, á las tres y á las cuatro de la madrugada, y siempre para recibir la misma contestación: ni Margarita ni la tía Morella habían vuelto á la camisería.

—¡Cosa más particular! exclamaba para sí el traperero dirigiéndose á su casa despues de haber perdido toda esperanza de encontrar á la tía Morella: ¿qué habrá sido de esas dos mujeres? Está visto que esta noche es noche de misterios: esperemos á mañana...

¡Y pensar que ahora voy á dormir á dos pasos de ese chico, que á estas horas Dios sabe lo que habrán hecho con él, y que no puedo auxiliarle para que escape de las garras de aquel maldito usurero!... Vamos, vamos; esto no me gusta.

El tío Moscon continuó refunfuñando hasta llegar á su casa, sin atreverse á dar el único paso seguro con que hubiera podido librar al Sabueso: avisar á la policía.

Pero ya sabemos que, con la mejor intención del mundo, el tío Moscon había resuelto no aventurar este paso.

En cuanto á la tía Morella, hé aquí lo que había sucedido.

Desde que Margarita se había marchado á la casa de su padre, sin prever nada respecto á su vuelta, la veterana había quedado encargada de la camisería.

Y, á decir verdad, la buena de la tía Morella, tenía una horrible figura para dama de mostrador.

Ella lo conocía y se reía de sí misma diciendo allá para sus adentros:

—Si me tuvieran aquí una semana, yo daría al traste con la parroquia de *La Flor del Olvido*.

Y en esto no había ninguna exageración.

La tía Morella, en un campamento, al frente de una cantina, estaba en su lugar; pero en una tienda elegante de Madrid!...

El ridículo no podía ser más completo.

Además, ella no sabía el orden con que Margarita tenía colocados en su establecimiento los artículos destinados á la venta.

Ocurrió, pues, que diferentes señoras llegaron á hacer sus compras á *La Flor del Olvido*.

Y su primer asombro era encontrarse al frente del despacho con aquel granadero vestido de mujer y de maneras toscas, en lugar de la elegante señorita con quien estaban acostumbradas á tratar.

Preguntaban por ésta, y la tía Morella contestaba que Margarita era ahijada suya, y que no estaba en la tienda porque se había visto obligada á salir para un asunto importante.

Enseguida hacían sus pedidos, que la veterana servía con sin igual torpeza.

Querían las señoras camisas de algodón, altas y con mangas; la tía Morella, después de revolver toda la anaquelaría, les presentaba camisas de hilo, descotadas y sin mangas; querían enaguas blancas lisas,

la tía Morella les traía enaguas llenas de bordados, querían pañuelos de luto, blancos con cenefa negra, la tía Morella sacaba pañuelos blancos como la nieve, sin un hilo de otro color: al fin, las parroquianas acababan por desesperarse y abandonar la tienda con visible mal humor, mientras la veterana se quedaba reñgando de las impertinencias de las mujeres que hacían trastornar toda una tienda para después no comprar nada.

Cuando dieron las nueve y media de la noche, la tía Morella respiró con libertad, disponiéndose á cerrar la camisería para no volverla á abrir sin que estuviera en el despacho Margarita.

—Yo no sirvo para esto, se decía la veterana; ahora mismo echo la llave y me voy á la calle del Arenal; veré á Margarita y convendremos en lo que hemos de hacer.

Y en efecto, cerró la camisería y se dirigió á la casa del Sr. de Ferreira, donde no sin algunas dificultades, porque su aspecto no era el mejor para abrirse paso á través de la servidumbre, logró llegar hasta Margarita.

Esta, después de oír los apuros de la tía Morella como dama de mostrador, la presentó á su padre dándole el verdadero nombre que tenía para ella, el de madre adoptiva, á quien era deudora de los más tiernos cuidados así en su infancia como en su juventud.

El Sr. de Ferreira atendió á la veterana con las mismas distinciones que había dispensado al Sabueso, y accediendo á los deseos de su hija convino en que la tía

Morella quedara á su lado hasta que trascurridos los primeros días de su formal reconocimiento, se pensara definitivamente en el destino de las personas que habían velado por la existencia y el bienestar de nuestra jóven.

Margarita al hacer á su padre aquella súplica, no estaba exenta de un sentimiento de egoísmo.

Habia en ella un secreto temor hácia Adela y no se determinaba á revelar á su padre la conducta traidora de esta mujer, contra quien, por el pronto, no se atrevía á luchar frente á frente.

En estas circunstancias y mientras se presentaba ocasion favorable para descubrir al Sr. de Ferreira los engaños de su infiel esposa, la tia Morella era para Margarita una especie de salvador escudo del que la jóven no quiso desprenderse, pretextando que la veterana no podia de ningun modo continuar encargada de la camisería.

Y hecho este arreglo, la tia Morella no salió ya de la casa del Sr. de Ferreira.

En el corazon de la veterana no había más que dos afectos puros y desinteresados: uno el que profesaba á Margarita; otro el que sentía por el Sabueso.

Quedándose en la casa de Ferreira estaba al lado de la jóven: en cuanto á Bernardo, aunque no habia parecido en toda la tarde ni en las horas que habian pasado de la noche, tenia la seguridad de encontrarse allí con él y no la inquietaba su larga ausencia, porque en la vida de su ahijado habia siempre misterios, que el Sabueso solia no descubrir sino cuando alcanzaba en

sus empresas un desenlace tan satisfactorio como el que habia obtenido en la de hallar al padre de Margarita.

Al día siguiente, muy de mañana, el tio Moscon rondaba la puerta de *La Flor del Olvido*, y juzguen mis lectores cuál seria su sorpresa al oír las diez y ver que la camisería continuaba tan cerrada como en tarde de día de fiesta.

El traperero comenzó á temer que á Margarita y á la tia Morella les hubiera sucedido algo semejante á lo que estaba sufriendo Bernardo, y como único recurso de que podia disponer para practicar sus averiguaciones, se acercó á la portera de la casa á preguntarle por la dueña de la camisería.

—Ha venido un criado de casa grande, le contestó la portera, á avisar que no hay nadie en ese cuarto y á decirme que cuide de él hasta que las inquilinas vuelvan.

El tio Moscon, propósito de esta respuesta inesperada, hizo otras mil preguntas, que la portera, charlatana y maliciosa como por regla general lo son todas las de su oficio, hubiera satisfecho de buen grado; pero á las cuales no supo qué contestar porque ignoraba absolutamente todo lo ocurrido.

—No hay remedio, se decía el tio Moscon encaminando sus pasos hácia el bodegon de Maria; algo grave les ha sucedido á esas pobres mujeres; tambien ellas deben estar encerradas en alguna parte. Pero vaya usted á averiguar!...

Nuestro traperero, haciendo sus eternos monólogos, llegó al figon.

Allí se hizo servir un sóbrio desayuno, y con el tono más indiferente que pudo afectar, preguntó á María:

—¿Y el Sabueso ha venido por aquí?

—Ya hace dias que no le vemos, contestó la dueña del *restaurant*.

—Ese siempre como las lechuzas, dijo el tío Moscon; no se le ve más que de noche.

—Es cierto, afirmó María; tiene el capricho de que no le dé el sol.

—No, no; y no haya miedo de que le dé, repuso el trapero con una doble intencion que no pudo comprender su interlocutora.

—Verdad, dijo ésta; su madrina le está echando siempre en cara que es muy testarudo...

—Y á propósito de su madrina, ¿hace mucho que no vienen la tía Morella y Margarita?

—El domingo estuvieron aquí á la celebracion de mi boda; ¿no las vió Vd.?

—Sí; pero... ¿despues no han yuelto?

—No; desde aquel dia no sé de ellas.

—Pues por si acaso viniera por aquí la veterana...

—No es de esperar, interrumpió María; ahora no sale nunca.

—Bien; mas por si acaso, insistió el tío Moscon, voy á darte un encargo, porque yo no tengo tiempo para bajar hasta la calle del Cármen.

—¿Y qué quiere Vd.?

—Poca cosa; que le digas que haga por verme para un asunto que le interesa.

—Se lo diré.

—¿No lo olvidarás?

—Esté Vd. descuidado.

—Para un asunto que le interesa, repitió el tío Moscon; acuérdate bien.

—No tema Vd. que lo olvide.

El trapero salió del *restaurant* renegando para sí de la desaparicion de la tía Morella, que le hacia perder toda esperanza de inmediata salvacion para Bernardo.

Mientras tanto, el señor Perez utilizaba las primeras horas del dia en sus negocios de prestamista, despues de haber visitado á su prisionero.

En esta visita, que el agente practicó acompañado de sus dos satélites, los cuales iban prevenidos con buenas armas que relucian á la luz de la linterna que llevaba don Jacinto, se dió á Bernardo su almuerzo, si es que merece este nombre un pedazo de pan de calidad bastante inferior y un jarro de agua, que el Sabueso devoró antes de responder á las palabras de su carcelero.

Éste volvió á exigir á Bernardo que le entregara ó le dijese dónde tenia la carta medio quemada que habia recogido una noche bajo las ventanas del señor de Ferreira, y como el Sabueso se obstinase en no satisfacer tales preguntas, don Jacinto le anunció para aquel mismo dia la llegada de una persona que debia hacerle variar de conducta, obligándole á confesar el secreto que guardaba tan cuidadosamente.

Don Jacinto no dijo más, y se retiró dejando al

Sabueso sumergido en las tinieblas de su lóbrego calabozo.

Bernardo, despues de haber saciado la sed que le abrasaba, sintió hambre y comió el negro pan que le habia dado el señor Perez, sin echar de ménos otros manjares más suculentos.

Cuando hubo acabado su desayuno se dió á reflexionar sobre las amenazas de D. Jacinto y sobre la visita que éste le habia anunciado de una persona bastante poderosa para arrancarle el secreto que le tenia reducido á prision.

—¡Bah! se dijo Bernardo cansado de devanarse los sesos para adivinar quién podria ser aquella persona misteriosa: ó son ardidés de ese viejo marrullero, que quiere sorprenderme y atemorizarme, ó voy á ser visitado por mi esposa, que es la única interesada en hacer que desaparezca esta carta, que mientras esté vivo no he de soltar. ¡Qué gusto le daria á ese viejecillo estúpido atrapar este papel que tan cerca ha estado de sus manos!

Y el Sabueso al decirse á sí mismo estas palabras oprimia entre sus dedos un pañuelo de seda de colores, que le servia de corbata, y dentro del cual tenia oculta la carta que tan ansiosamente deseaba recobrar la esposa de Ferreira.

—Pero no haya miedo de que atinen con esta prenda, continuó diciendo el Sabueso, ya me han registrado veinte veces y se ha convencido ese viejo miserable de que mi tesoro debe estar en algun escondite de mi casa ó sabe Dios dónde... Tanto mejor: así se

acabarán los peligros que hasta aquí he corrido. En cuanto á Consuelo... ¡qué sé yo!.. Las mujeres son más astutas que nosotros, y cuando se hallan tan interesadas como ella lo está en que esta carta parezca, estudian con el diablo y se les ocurren cosas que nadie puede prever... ¡Si yo pudiera encontrar en este sótano un sitio más seguro que mi corbata para guardar en él... ¡Pero qué sitio voy á buscar en medio de estas tinieblas?... Es preciso resignarse y confiar á la fortuna el resultado de todo esto. Y ¡quién sabe! acaso no sea Consuelo la persona que debe venir á verme... Pero si ella no, ¿quién ha de ser?...

A este punto llegaba Bernardo en sus cavilaciones cuando oyó pasos de gente que se acercaba á la puerta de su prision.

Involuntariamente el Sabueso se sintió estremecer.

—Vamos, se dijo, voy á salir de dudas; por lo visto la visita no ha querido hacerse esperar.

No se equivocaba Bernardo: la puerta de su calabozo acababa de abrirse y en ella apareció una mujer seguida de D. Jacinto, que, como siempre, alumbraba con su linterna, y escoltada por los dos satélites del prestamista. Aquella mujer era Adela.

El Sabueso sonrió al verla adelantar y se apresuró á decir:

—Te estaba esperando. ¡Y hay quien no cree en las corazonadas!

Adela, sin contestar, avanzó hasta el centro del sótano, y volviéndose á D. Jacinto, con imperioso acento le ordenó:

—Deje Vd. ahí esa luz y espéremè con esos hombres en la puerta.

El agente de negocios, que en presencia de Adela había recobrado su aire humilde, sin levantar la vista del suelo se atrevió á objetar:

—Cuidado, señora, que este hombre está exasperado y se podría atrever...

—Haga Vd. lo que le digo, repuso Adela impaciente.

—Estoy á las órdenes de Vd., señora, se apresuró á decir D. Jacinto, y dejando su linterna sobre el tablon que cubria el pozo, se retiró con los guardianes del Sabueso á la puerta de la prision.

La de Ferreira los vió alejarse, y cuando estuvo segura de que podia entenderse con Bernardo sin ser oida por aquellos tres hombres, se acercó al Sabueso diciéndole en voz baja:

—¿Conque me estabas esperando?

—Seguramente, y ya ves que no me engañaba el corazón.

—Pues si de ese modo adivinas, sabrás tambien á lo que vengo.

—Por supuesto que lo sé; pero me parece que vas por mal camino.

—Eso dependerá de tí, dijo Adela dando á sus palabras un tono amistoso.

—¿De mí?... Tú dirás.

—Si sabes cuál es mi deseo, debes satisfacerlo por tu bien y por el mio.

—Lo que es á mí, repuso Bernardo, no sé qué bie-

nes puedan venirme por entregarte la carta de amor que escribistes al doctor Antunez-y que solo yo puedo decir dónde está.

—Si me entregas esa carta yo te haré feliz todavia, Bernardo, exclamó Adela con acento suplicante.

El Sabueso soltó una ruidosa carcajada en la que habia algo de terrible.

Acaso al escuchar á Adela se levantaba en el fondo de su pecho un eco triste de su amor pasado; tal vez la tempestad de los celos iluminaba aún con sus relámpagos el corazón del ultrajado esposo.

—¡Hacerme feliz! exclamó: ¿y quién te ha dicho que yo no lo soy?

Adela pudo leer en la mirada de Bernardo una historia larguísima de amargas desventuras; pero juzgando siempre mal al hombre que habia hecho desgraciado, ó no creyendo disponer de medios mejores para alcanzar el fin que se proponia, insistió diciendo:

—Sí, yo sé que tú no eres feliz, y está en mi mano que lo seas: yo he descubierto que arrastras una vida oscura y miserable, y puedo devolvete la tranquilidad y hacer que tengas riquezas hasta causar la envidia de muchos... yo te daré todo lo que has perdido...

Los ojos de Bernardo relucieron como dos luces fosfóricas.

—¡Tú!... exclamó: ¡Pues no me ofrezcas dinero y dame la honra que me has robado!

—¡No grites! repuso Adela; todo, todo se arreglará; tendrás oro, ¡mucho oro! vivirás lejos de Sevilla y de Madrid, y tu honra estará guardada en el sepulcro de

tu mujer; en cambio, dime dónde tienes esa carta, entrégamela, y ponle tú mismo el precio que por ella te satisfaga.

Bernardo, repuesto de un impulso de coraje que no habia podido reprimir, contestó:

—Esa carta no tiene precio: es inútil que te causes en pedirmela.

Por la mirada de Adela cruzó un rayo de furor.

—Ten en cuenta, Bernardo, repuso, que he venido á suplicarte cuando estás en mi poder; ten presente que te ofrezco lo que más te conviene, y que estoy dispuesta á darte lo que pidas en pago de un servicio que puedo arrancarte por la fuerza ahora mismo si lo deseo.

—Pierdes el tiempo, contestó Bernardo con aire indiferente; nada lograrás de mí con tus ofertas, que las desprecio, ni con tus amenazas, que me hacen reír.

—Y, sin embargo, continuó Adela, tú sabes que una voz, una palabra mía será suficiente para que esos hombres que te custodian acaben con tu vida.

El Sabueso se encogió de hombros por toda respuesta.

—¿Crees, preguntó Adela, que lo que te digo es una vana amenaza?

—Sea lo que fuere, respondió Bernardo, no me inquietan tus determinaciones. ¿Qué puedes mandar á lo sumo? ¿Qué me maten? Enhorabuena; da tus órdenes, y cuando esté muerto ven á pedirme la carta que anhelas poseer.

Y el Sabueso lanzó una nueva careajada, que resonó pavorosa en el fondo de su lóbrega prision.

Adela se enfurecía cada vez más al sentirse impotente para arrancar á Bernardo su secreto.

Hallábase en una de las contadas ocasiones de su vida en que de nada podían servirle las crecidas cantidades que hubiera dado gustosa por recobrar la carta que el Sabueso poseía.

Pero Adela conocia bien á Bernardo y sabia por demás que el oro no ofuscaba la vista de aquel hombre.

Por un momento quedó sin saber qué resolución adoptar.

Su pequeño pié hería el pavimento húmedo del calabozo; sus ojos vagaban en torno de cuanto la rodeaba, cuando de repente su mirada inquieta se iluminó al calor de una horrible idea.

Las señales de su impaciencia desaparecieron como por encanto, y volviéndose hácia la puerta llamó á don Jacinto.

Bernardo seguía uno por uno sus movimientos, sin poder adivinar los proyectos diabólicos que hervían en la cabeza de aquella mujer.

El agente de negocios acudió inmediatamente, y encerrándose en su sempiterna fórmula, dijo:

—Estoy á las órdenes de Vd., señora.

—¿Qué es eso? preguntó Adela señalando el brocal cubierto donde el Sr. Perez habia dejado la luz.

—Un pozo, contestó éste lanzando sobre el Sabueso una mirada indescriptible.

El observador que conociendo á D. Jacinto hubiera sorprendido esta mirada, habria encontrado en ella todo un proyecto de venganza cruel y la designacion de la víctima que se debia sacrificar.

—¿Y tiene agua ese pozo? interrogó Adela.

—Está completamente lleno, señora.

La de Ferreira dejó asomar á sus labios una equivocada sonrisa, y tambien sus ojos buscaron al Sabueso.

Para Bernardo no pasaron desapercibidas estas miradas, y en las preguntas de Adela descubrió una intencion que á otro hombre le hubiera horrorizado; pero el Sabueso, firme y tenaz en sus resoluciones, no se amedrentaba por tan poca cosa. Al contrario, el peligro le enardecia y le prestaba nuevas fuerzas para resistir; así es que mientras alternativamente miraba á Adela y á D. Jacinto, formulaba en su mente este razonamiento, capaz de dar la medida exacta de su firmeza y su valor:

—Ya sé lo que meditan: quieren que muera abogado: moriré así ya que no hay otro remedio. Despues de todo, lo mismo es morir de una cosa que de otra; al fin, todo es morir, y no se muere más que una vez. Y convengo en que mi esposa sabe tomar la revancha; voy á pagarle la deuda que con ella contraje á la orilla del Guadalquivir.

—Pues es el caso, Sr. Perez, que este hombre se niega á darme el documento que he venido á pedirle...

—Lo mismo ha hecho conmigo, señora.

—Y yo, prosiguió Adela, estoy resuelta á que me

lo entregue, ó, en otro caso, á que nunca más salga de aquí.

D. Jacinto se inclinó ante la de Ferreira, diciendo: —Éstoy á las órdenes de Vd., señora.

—He oído á Vd. que ese pozo está lleno de agua, y supengo que un hombre arrojado en él encontrará buena tumba donde guardar sus secretos, sin que deje el temor de que algun dia puedan ser conocidos.

—Si la señora me lo permite, repuso D. Jacinto con humilde tono, yo me atrevo á suplicarle que me escuche...

—Diga Vd.

—Ese pozo es, efectivamente, un arca cerrada que no revela los misterios que se le confian; pero si Vd. me da su licencia, yo pondré en juego otros medios mejores para que este mozo cante á gusto de la señora.

—¿Está Vd. seguro de lo que intenta? preguntó Adela en tono de duda.

—¡Oh! muy seguro: tengo procedimientos que siempre que se prueban dan excelentes resultados.

—Pues tiene Vd., con hoy, dos dias de término para ensayar esos medios, y si Vd. no consigue nada, yo daré mi última disposicion.

Y Adela pronunció estas palabras desentendiéndose de Bernardo y dirigiéndose á la puerta del calabozo.

D. Jacinto la siguió, y momentos despues el Sabueso estaba sepultado nuevamente en la tenebrosa noche á que se hallaba condenado por Adela.

Cuando esta mujer y el agente de negocios llegaron

al despacho en que ejercía sus funciones de prestamista el Sr. Perez, Adela se detuvo y contempló un momento al viejecillo, que siempre con la vista fija en el suelo procuraba evitar que una mirada indiscreta penetrase en el negro fondo de su corazón.

Adela, que no había logrado conocer como deseaba á aquel sér extraño y repugnante, hizo un gesto de indiferencia, como si en definitiva le importase poco descubrir el misterio que envolvía la existencia del Sr. Perez; y segura de que este miserable sería su esclavo mientras ella recompensara con largueza sus servicios, le preguntó:

—¿Está Vd. seguro de los medios que va á emplear para que nuestro prisionero se decida á entregarnos esa maldita carta?

—Señora, casi me atrevo á responder de la eficacia de mis procedimientos: están probados.

—Bien; pero si él los resistiera...

—Es casi imposible.

—¿Corre peligro su vida?

—Señora... yo no soy asesino.

Y el prestamista se inclinó profundamente al decir estas palabras, á las que dió una entonación particular.

—Corriente, repuso Adela, mirando con desprecio á D. Jacinto; pues en ese caso es muy posible que fracase la virtud tan reconocida de los procedimientos que Vd. usa.

—¿Por qué, señora?

—Usted no sabe hasta dónde llega la terquedad del hombre que le tengo confiado.

El Sr. Perez sonrió maliciosamente, como si dudara que hubiese quien fuera capaz de resistir á su poder.

—¿Usted ignora, insistió Adela, que nuestro preso sabrá acaso morir antes que ceder á mis deseos?

—En ese caso... murmuró D. Jacinto.

—En ese caso, repitió Adela, seré yo quien ejecute la prueba de otros procedimientos no menos enérgicos que los de Vd.; pero será necesario que...

Adela se detuvo, y miró con profunda intencion al Sr. Perez.

Este se apresuró á preguntar:

—¿Qué será necesario, señora?

—¿Que Vd., dijo Adela con tono resuelto, deje de ser hipócrita y me ayude obedeciendo mis órdenes.

D. Jacinto comprendió perfectamente lo que Adela le quería decir, pero no se dió por entendido.

—No sé... no me explico... balbuceó.

—He querido decir, que si es preciso que ese hombre muera, morirá.

—Señora, ya he tenido el honor de manifestar á Vd. que no me atrevo á cometer un asesinato.

—Pero yo me atreveré, y Vd. no hará más que cumplir lo que yo ordene.

—Sí, pero en ese caso...

—En ese caso, que todavía no sabemos si llegará, doblaré el precio en que hemos estipulado este negocio.

El Sr. Perez se estremeció al oír esta promesa y se puso livido hasta la punta de la nariz; pero no desplegó sus labios, ni levantó la vista del suelo.

Adela, dudando del efecto que causaba en el agente, le preguntó:

—¿Qué decide Vd., Sr. Perez? ¿Sigue Vd. con sus escrúpulos, ó está Vd. dispuesto á ganarse una respetable suma?

—Señora, si fuera posible evitar... aunque yo perdiese ese dinero...

—¡Quién sabe! Acaso no tendremos que apelar á tan extremo recurso. Pero, en fin, si, cómo Vd. dice, llegara ese caso...

—Estoy á las órdenes de Vd., señora, contestó el Sr. Perez, temeroso de que se le escapara la ocasion de hacer un *buen negocio*.

—Enhorabuena, dijo Adela; pues deajo á Vd. todo el dia de hoy y el de mañana para que ensaye sus poderosos medios. Si pasados estos dos dias no ha conseguido Vd. nada, me encargaré yo de poner término á nuestro asunto.

Este diálogo concluyó así.

Adela se retiró á su casa.

D. Jacinto se dispuso á poner por obra sus planes, que, haciéndole justicia, debemos consignar que deseaba fueran eficaces.

V.

La prueba del Sr. Perez.

Aunque el Sabueso era hombre de ánimo esforzado no pudo sustraerse, cuando quedó solo, envuelto por las tinieblas de su improvisada cárcel, á un sentimiento de terror que se levantaba en lo más íntimo de su pecho.

En vano pretendia convencerse á si mismo de que ni Adela ni el agente de negocios serian capaces de cumplir sus embozadas amenazas; una voz secreta le advertia de ignorados peligros que, precisamente por lo que de ignorados tenjan, comenzaban á adquirir en su imaginacion colosales proporciones.

Y, sin embargo, el Sabueso no desmayaba en sus buenos propósitos: ni las amenazas de Adela, ni los ofrecimientos hechos á ésta por D. Jacinto de medios eficaces para obligarle á revelar sus secretos, ni el terror, en fin, que á su pesar se apoderaba de su espiri-